



MEDITAR LAS PALABRAS DEL OFICIO

MADRE MARIA EUGENIA (Enero, 25-1880)

Celebramos en este tiempo las fiestas de numerosos mártires, y para que la devoción sea más intensa en el Oficio, conviene de vez en cuando meditar sus diferentes partes; por ejemplo, los Himnos, las colectas, de suerte que después, cuando se repite este Himno o esta colecta en el Oficio, interesa con particular devoción. ¿Quién de vosotras no ha meditado alguna vez un pasaje del “Ave Maris Stella”, o cualquiera otra oración, de esas que con frecuencia repetimos?

He observado estos días, en el Himno del Oficio de un mártir, una palabra muy hermosa:
“Deus tuorum militum
Sors et corona praemium.”

“Sors”, es decir, que hubo predilección: una suerte echada sobre esta alma para que fuese llamada al martirio. En otro sentido, “sors” quiere decir también que es Dios quien viene a ser la corona y la recompensa del mártir, que había sido su suerte y su porción aquí en la tierra, es decir, que el mártir, habiendo seguido las huellas de Cristo en el camino abierto por El y habiendo participado de su vida, de sus sufrimientos y de su martirio, llegó al cielo para ser coronado.

Si unimos este pensamiento con el destino de una Virgen consagrada a Dios, veremos que se le puede adjudicar esta palabra: “Sors et corona praemium.” Su porción en la tierra debe ser Cristo, su vida, quizá no, en el último sacrificio del Calvario, pero sí debe seguirle en su vida toda. Jesucristo la seleccionó para que fuese semejante a El en sus pensamientos, en sus costumbres, en su conducta, y pudiera Cristo imprimir en ella un carácter, en el que se reconozca que la elección de Cristo recayó sobre esta alma y que El la hizo suya, además, el destino, la suerte, el consuelo, el tesoro de una Virgen consagrada a Dios, debe ser únicamente Jesucristo: a El solo debe adherirse, ningún otro consuelo debe buscar, porque fue Cristo la felicidad que ella soñó y eligió en la tierra. Hacia El debe volverse siempre su pensamiento.

Es una cosa grande ser virgen y estar consagrada a Dios. Existen en el mundo gran número de almas que guardan la corona de su virginidad, pero la consagración que se añade a esta virginidad la guarda con esmero, como una cosa hermosa, como algo muy santo, hasta que llegue el día de la eternidad, para que Dios mismo sea su recompensa y su corona.

Os digo únicamente algunas palabras, meditadlas vosotras alguna vez alternando en las diferentes partes del Oficio; encontraréis, seguramente, pensamientos que os elevarán lejos de la tierra y esto será muy de la Asunción el sacar de vuestro Oficio el origen de vuestra devoción.